

titulada «Kossloff» (1), cuyo objeto era burlarse de los preparativos guerreros de Gustavo: igual tendencia había inspirado el proverbio *Morton y Crispin*, en el cual se hacía burla de la fanfarronería de Carlos de Sudermania después de la batalla de Hogland. Catalina se proporcionó luego toda clase de materiales para un cuento ruso «Fuflyga Bogatyr» para hacer de él una ópera, cuyo protagonista fuese Gustavo III. El dietario de Chrapowitsky nos permite apreciar los progresos que diariamente hacía la emperatriz en sus trabajos literarios: en él encontramos consejos relativos á las arias, á la *mise en scene* y á la impresion de las piezas: todas las coplas eran puestas en verso por el secretario particular de Catalina, siguiendo las indicaciones de ésta: el secretario debía también cuidar de la composición musical. Martini, que tanto renombre había alcanzado con su *Cosara*, fué el encargado de poner en música el libreto de la ópera, en la cual había bailables y para la cual se pintaron decoraciones nuevas. Cuando, á fines de 1788, se dió comienzo á los ensayos, siguió los progresos que se hacían en el estudio de la ópera, que se representó por vez primera en 29 de enero de 1789, en presencia de algunos embajadores extranjeros. Sabemos la crítica que se hizo de la importancia estética y política de la ópera, el placer que en ella encontraron el gran duque Pablo y el nieto de Catalina, lo agradables que eran los motivos musicales, que fueron pronto talareados por muchas personas, etc. El libreto no carecía de gracia, pero tenía un carácter burlesco demasiado pronunciado: la música, los bailables, la magnífica *mise en scene* contribuyeron al éxito de aquel libreto, en el fondo un tanto pobre, si bien debe tenerse en cuenta que en una ópera bufa no hay que buscar grandes pensamientos: la música desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros (2).

Otros trabajos de la emperatriz tenían también el carácter publicista y de polémica: en un drama, se hacía burla de Cagliostro («el embustero»); en otro, de Naryschkin («el negligente»); y en otro los «martinistas» de Moscou servían de blanco á su sátira. Una pieza popular, titulada «Oleg», tenía por objeto dar á conocer á las masas los acontecimientos de la guerra turca: en algunos dramas, como por ejemplo, el «Rurik», encontramos una imitación de los dramas históricos de Shakespeare, etc. Algunas de estas producciones obtuvieron éxito ruidoso y proporcionaron grandes beneficios á la empresa teatral (3). Los coros del «Oleg» fueron compuestos por Sarti (4) que, con su ópera «Julio Sabino» había conquistado fama universal. Algunas de estas piezas rusas fueron traducidas al alemán, y todavía existe una detallada apreciación literario-histórica y estética de estas obras, parte de las cuales, juntamente con algunas de Segur, Mamonoff, etc., fueron publicadas en París en 1799, con el título de «Teatro del Eremitage» (5).

La emperatriz era infatigable en la lectura de las obras de mas diversa índole. Ora se proporcionaba libros de cuentos, cuando quería lecturas ligeras, ora estudiaba la obra de Blackstone sobre la Constitución inglesa, para proceder rectamente en la confección de leyes nuevas. A propósito de preguntas aisladas y aun de simples palabras, su secretario

(1) *Zoslawic* significa torcer, retorcer.

(2) Véase mi trabajo, *Una ópera cómica de 1788*, en la *Revista mensual báltica*, 1867.

(3) Véanse las *Cartas de Catalina á Grimm*, en la *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 328.

(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 525.

(5) Las producciones rusas en las *Obras de Catalina*, han sido publicadas por Smirdin. *Acerca de la influencia de la poesía popular en los dramas de Catalina*, escribió Bessonoff en la *Sarja*, 1870, N.º 4. *Acerca de la influencia de Shakespeare*, véase Lebedeff, en la *Russ. Wjestnik*, 1878, marzo.

tenía que enterarse de muchas obras y presentarle luego un dictámen sobre ellas y á veces debía trazar mapas para los estudios topográficos. Entre tanto, Catalina se entregaba á la lectura de obras históricas de importancia, tales como la «Historia de la casa de Austria» de Girecourt, las «Memorias para la historia de Carlos XII» de Theye, «Las obras póstumas de Federico II», la «Historia secreta de la corte de Berlin» de Mirabeau, las «Memorias del cardenal de Retz», etc. Abandonó las novelas de Richardson diciendo que no tenía tiempo para las lecturas ligeras. En cierta ocasión, se alabó de leer seis libros á la vez. Mientras leía el Don Quijote, anotaba los mas notables refranes que esta obra contiene; de las obras de Plutarco (probablemente de una edición francesa) tradujo al ruso la vida de Alcibiades é hizo algunas observaciones á la biografía de Coriolano (6). De la extensión de sus conocimientos tenemos una prueba en la admiración que sentía por Buffon, cuyas obras leía con visísimo interés: apenas oyó hablar de la obra «Epoocas de la naturaleza», pidió á Grimm que se la enviara, y cuando comenzó á leerla, dijo: «Esta hipótesis es el non plus ultra del ingenio, ó mejor dicho del genio humano.» Su espíritu inclinado á todo lo grande y general, armonizaba perfectamente con el procedimiento del sabio autor francés que concebía y procuraba exponer la historia en íntima relación con la naturaleza. Sabido es que Buffon influyó poderosamente en el ánimo de otras personas. «Newton dió un paso de gigante, escribía Catalina: este es un segundo paso: señor, ese libro me ha instruido mucho (*m'a rendu de la cervelle.*) ¡Ah! cuánto me hubiera gustado que lo hubiese dicho todo: paréceme que hablando de la época del hombre no ha dicho cuanto podía, etc.» La lectura de la obra hacia acudir á su mente una porción de preguntas, que anotaba y transmitía á Buffon para que se las contestara, referentes á la física de los astros. Su reconocimiento hacía el famoso sabio, cuyo busto hizo esculpir Grimm en mármol blanco por encargo de la emperatriz, se manifestó enviándole una cajita con una colección de medallas, remesa que acompañó con algunas pieles preciosas y algunas antigüedades encontradas en Siberia.

La lectura de otros notables autores era también un gran placer para la emperatriz: la obra popular *Le bonhomme Richard*, de Franklin, la deleitaba y la hacía entrar en deseos de leer mas libros de aquel género. Dedicaba asimismo cierta atención á la literatura alemana: cuando comenzó á leer las obras de Nicolai, se admiró de que los alemanes hubiesen hecho tan notables progresos, y de que el idioma alemán fuese tan elegante y ofreciese tantos atractivos. La novela «Sebaldo Nothanker», la «Guillermina» y el «Viaje al Mediodía de Francia», estas dos últimas de Thümmel, hacían sus delicias. La «Biblioteca general alemana» de Nicolai era para ella un «archivo de genio, de ironía y de todo cuanto hay alegre para el ánimo y la razón...» «Esta literatura alemana, proseguía diciendo, deja tras de sí al resto del mundo y camina á pasos agigantados.» Recomendaba á Grimm, entre otras, la lectura de los *Abderitanos*, «porque le haría desternillar de risa.» Mandó entregar al baron de Thümmel una medalla y manifestó que el abate Mably no poseía tantos conocimientos como el colaborador de la «Biblioteca general alemana.» El libro de Zimmermann «De la soledad» produjo gran impresion en el ánimo de la emperatriz, que comenzó á formar elevado concepto de Alemania. «¡Ah, cuánta gente de valía posee hoy la Alemania! ¡Ah, qué placer causa estudiar sus obras!» Y eso que, segun parece, no tenía noticia alguna de las eminencias de

(6) Véase la *Revista rusa*, VII, 157.

la literatura alemana, tales como Lessing, Schiller y Goethe. Sus lecturas comprendían las materias mas diversas, entre las cuales pueden citarse las fábulas indias de Lokman y Bidpai, las obras de Corneille, Shakespeare, Gibbon, Molière, Cervantes, Diderot, Galiani, Necker, Montesquieu, Pallas, Racine, Plutarco, Pindaro, Laharpe, etc., etc.

Sin poseer grandes dotes musicales, mostraba marcadísimo interés por la ópera y estaba en íntimo trato con algunos célebres compositores que en su corte residían, como Paesiello, con primas donnas, como la Todi, etc. Se lamentaba de su escasa inteligencia en música y decía: «Tengo muchas ganas de oír música y aficionarme á ella; pero por mas que hago, todo me hace el efecto de un ruido.» Decía en broma que concedería un premio al que descubriera un remedio contra «la insensibilidad respecto de la armonía.» Las óperas, sin embargo, especialmente las cómicas, despertaban su interés: un motivo de una ópera de Paesiello le gustó tanto, que de continuo la recordaba (1).

Las producciones de las artes plásticas le causaban también especial placer. En el dietario de Chrapowitsky se habla á menudo de «antigüedades» que encantaban á Catalina, á la cual se enviaban con frecuencia ora una bacante, ora una medalla ó un camafeo. En cierta ocasión dijo que era una especie de enfermedad la pasión que por las piedras labradas sentía, pasión, sin embargo, que ensanchaba el campo de la ciencia y que era digna de una emperatriz (2). En su correspondencia con Grimm, se habla varias veces de importantes obras artísticas, de pintores, de escultores y de arquitectos, y se hace una crítica de algunos cuadros de Vanloo, de Rafael Meng, y de las estatuas de Houdon, etc. A menudo, ella misma grababa algunas imágenes (3). Llamó también á Rusia á algunos célebres pintores y escultores, como Falconet, Houdon, la Collet, Vigé-Lebrun y otros (4). Su correspondencia con Falconet, el eminente creador de la magnífica estatua ecuestre de Pedro el Grande, forma un tomo completo de la «Sbornik» ó colección publicada por la Sociedad imperial histórica de San Petersburgo (5): por ella sabemos en cuánta estima tenía Catalina al famoso artista, con cuánto placer comunicaba sus ideas con aquel hombre erudito y con cuánto interés seguía todos los detalles de aquel trabajo que por espacio de muchos años y luchando con grandes dificultades ocupó á Falconet. En ella encontramos también importantes indicaciones de la emperatriz acerca de la idea general del monumento, del traje y actitud del jinete, de la serpiente alegórica, de la manera de fundir la estatua, etc. Catalina adquirió preciosidades artísticas con que enriqueció la famosa colección del Eremitage (6). Sus favoritos compartían con ella su afición á la pintura, escultura, etc.

De sus tendencias científicas son buena prueba sus investigaciones en el terreno de la lingüística: uno de sus entretenimientos era comparar entre sí un gran número de palabras de los mas diversos idiomas, dedicándose á estos estudios en una época en que hubo de lamentar la muerte de su caro favorito Lanskoj. Las relaciones que sostenía con multitud de doctos y de escritores demuestran su afición á las grandes empresas. Aconsejábale con Pallas; estaba en

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXII, 111, 127, 152.

(2) Chrapowitsky, pág. 315.

(3) *Archivo ruso*, 1874, I, 1, 320.

(4) Véase el trabajo de Stassoff en la *Rusia antigua y moderna*, 1877, I, 329 y el trabajo sobre Vigé-Lebrun en la misma, 1876, III, 187, 299, 396.

(5) Tomo XVII.

(6) Véase el trabajo de B. v. K. en la hoja del lunes de *Diario de San Petersburgo*, 1881, N.º 292.

correspondencia con Nicolai, que por encargo suyo trazó un «Cuadro general de todas las lenguas del mundo;» utilizaba los estudios de Dumaresc, de Court de Gebelin y otros; inducía á Bacmeister, á Juan Teófilo Arndt y á otros á emprender trabajos especiales y á coleccionar materiales lingüísticos (7), y consiguió por estos medios formar un diccionario que, á pesar de sus defectos, y atendido el escaso desenvolvimiento que entonces había adquirido la ciencia filológica, tiene cierta importancia en la historia de la lingüística.

La emperatriz saboreaba los placeres de estos estudios, y escribía á Grimm diciéndole que la mesa de su despacho estaba llena de diccionarios de los idiomas finlandés, chermiso y wotiaco; explicándole el placer que le producía el haber encontrado que los nombres de muchos rios, montañas, valles y aldeas, tenían, en España, Francia, Escocia y en otros países, un origen eslavo, y manifestándole la creencia en que estaba de que podría, por medio de la investigación, demostrar el origen eslavo de los salios, merovingios y vándalos. Hablando del diccionario, decía que era quizás el mas útil que se había publicado en su género (8).

De este diccionario solo se imprimieron 500 ejemplares, de los cuales la emperatriz solo destinó á la venta 70 que regaló al editor Weitbrecht. Habiéndose limitado de esta suerte la circulación de la obra, fué dado á la emperatriz considerarla como un simple ensayo que podía ser mas adelante ampliado. Adelung, Jacobo Grimm y otros especialistas reconocieron la utilidad que para el estudio comparativo de los idiomas tenía aquel trabajo de la emperatriz (9) y la senda que abría á nuevas investigaciones. Catalina supo aprovechar la situación favorable, entre Europa y Asia, del país que gobernaba para dar impulso á una ciencia cuya importancia había sido ya anteriormente tomada en consideración respecto de Rusia por Stralenberg, Witsen y otros sabios del Occidente de Europa (10).

Ya sabemos que el reinado de Catalina fué muy provechoso para los estudios históricos, pues la emperatriz no solo los favorecía sino que tomaba también parte en ellos. Para el uso de Catalina tenían que hacerse extractos de las crónicas: en los conventos se organizaron investigaciones de las mas antiguas fuentes históricas; y se dió comienzo á la publicación de las crónicas, dando á luz Nowikoff la «Biblioteca rusa antigua» que contenía una colección de datos, crónicas y escritos. La emperatriz abrió los archivos á los sabios é iniciaba trabajos de diversa índole. Las expediciones, por ella organizadas, de hombres como Pallas, Gmelin y Lepechin, dieron por resultado no solo aumentar los conocimientos etnográficos y arqueológicos, sino también descubrir antiguas fuentes históricas; Schcherbatoff escribió una historia de Rusia, Golikoff reunió preciosos materiales para la historia de Pedro el Grande; Müller, Schlözer y Stritter trabajaban con extraordinario éxito, etc.

En 1783 dióse principio á aquellos estudios de la historia de Rusia que tanto gusto habían de dar á la emperatriz, la cual se había propuesto conseguir por este medio un fin pedagógico. Catalina escribió un libro de enseñanza sobre la

(7) Así, por ejemplo, Besborodko, por encargo de la emperatriz remitió á Bulgakoff, embajador en Constantinopla, una lista de 286 palabras, para que coleccionara los vocablos etíopes y abisinios á ellas correspondientes. *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXVI, 455, 456.

(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 318, 321, 344.

(9) Véase el trabajo de Grot *Los estudios filológicos de Catalina II*, Moscou, 1877.

(10) Ya en 1815 había Adelung llamado la atención sobre *Los servicios de Catalina la Grande, en pro de las lenguas comparadas*. Véanse muchos datos y trabajos sobre esto en el *Archivo ruso*, 1863, pág. 388, 1864, pág. 293, 1877, I, 425, 1879, I, 265.

historia antigua de Rusia, para el uso de los grandes duques Constantino y Alejandro, y pudo regocijarse al ver la excelente acogida que aun las personas importantes le dispensaron. Dedicóse á estudiar detalladamente la historia de los primeros grandes duques; y á la lectura de las crónicas rusas agregó un vivo interés por la filología. Solía hablar de su erudición y de sus investigaciones en el terreno de la arqueología y de la mitología eslavas. En 1792 hacía observar que todas sus lecturas se reducían á un número determinado de crónicas y que encontraba un gran placer en abismarse en aquel «viejo fárrago.» Posteriormente decía: «Me he enterado en la historia, ó por mejor decir en las crónicas de la Rusia, que me gustan extraordinariamente.» Sostenía que todo consistía en poner en claro la cohesión genealógica. Hasta el año 1794 se ocupó en el estudio de la historia rusa hasta el siglo XIV; sus extractos comprendían más de 800 páginas, y decía que parecería quizá ridículo que escribiera lo que nadie había de leer; que trabajaba como si la pagaran para ello; pero que lo hacía porque el asunto era imponderablemente bello y entretenido. En cierta ocasión, en que tuvo que suspender su tarea, lamentábase en los siguientes términos: «¡Ah, queridas crónicas! ahora descansáis tranquilamente: ¿cuándo os volveré á manejar? Ahora estoy en el estudio del año 1368 ó 1369.» Poco después volvió á sus trabajos y se entusiasmó con Demetrio Douskoi que, en 1380, derrotó á los tártaros. «Este, decía, sabía dónde le apretaba el zapato. Ninguna historia ofrece tantos grandes hombres como la nuestra: esta historia me gusta con delirio.» En sus cartas encontramos digresiones sobre Rurik y los eslavos, sobre la Polonia y la Lituania; deleitábase con el estudio de la Edad media y decía que para que un libro le gustase había de tener por lo menos trescientos años, pues los demás no enseñaban nada.

Parecía como si la revolución francesa, al declarar la guerra á las instituciones de la Edad media, hubiese obligado á la emperatriz, indignada por los sucesos que desde 1789 acaecían en Francia, á refugiarse en los ya olvidados siglos. Veinte años más tarde, la reacción, en tiempo del Congreso de Viena, despertó también la afición al estudio de la historia, del idioma, de la literatura y de las artes de la Edad media. Irritada la emperatriz contra la paz de Basilea, y adherida á la causa enemiga de la Revolución, retrocedía desde la literatura propagandista hasta la crónica de Nestor, escribía trabajos sobre la cuestión de Wareg y estudiaba todos los detalles de los primeros tiempos del Estado ruso. Estos trabajos la ocuparon todavía en los últimos meses de su vida y acerca de ellos escribía á Grimm: «Esta materia es admirable que pueda terminarse en un año: en ella me ocupé asiduamente hasta el punto de que durmiendo compongo capítulos enteros. Es preciso que lo sepais (1).»

Tales eran las cosas por que se interesaba y las ocupaciones á que se dedicaba la emperatriz en sus ratos de ocio: ya se comprenderá, en su vista, que no tenía motivo alguno para quejarse de aburrimiento. Estos estudios y placeres artísticos, las satisfacciones de la sociedad inteligente é importante, la extensa correspondencia, todo esto debía exigir mucho tiempo y presuponia una gran laboriosidad y una jovialidad extraordinaria. A todo ello deben además agregarse los asuntos gubernativos y el trato personal con los embajadores y los favoritos. En 1794 decía que solamente los cuatro correos que últimamente habían llegado la habían llevado tantos papeles que nueve mesas apenas bastaban para contenerlos (2). En 1788 escribía: «De algún tiempo á esta

(1) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 668.  
(2) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 604.

parte, trabajo como un caballo, y mis cuatro secretarios apenas me bastan, de suerte que me veo obligada á aumentar su número. Me he convertido por completo en escritura y mis pensamientos se diluyen en tinta. Nunca en mi vida había escrito tanto como ahora. Al comenzar la guerra, no quise ver ni oír hablar más que de guerra; de suerte que ahora tengo que despachar lo que dejé atrasado, para ponerme de nuevo al corriente, antes de que llegue la primavera. La carrera que tengo que emprender para ello es un tanto pesada (3).»

Hablando de sus estudios, escribía á Grimm: «La emperatriz no os dará nunca historia, porque para esta no tiene pluma: solo la tiene para su tarea (4).» Pero esta tarea abarcaba un número extraordinario de objetos. Refiriéndose al afán que por saber sentía, decía que siempre quería conocer el «porqué del porqué (5).» Dedicábase á los asuntos de mas diversa índole; ora se ocupaba en resolver problemas de población y demostraba por medio de una columna de números que un matrimonio, «papá y mamá», podía haber producido, á las veinte generaciones, un millón de individuos (6); ora se interesaba por el paso de Vénus por el disco del sol; ya se proponía publicar las cartas de Pedro el Grande y leía las obras de Herberstein sobre Rusia; ya concebía el proyecto de crear en Kola un observatorio de ciencias naturales. A menudo se burlaba de los sabios que no querían confesar que en su ciencia existían algunos vacíos, cuando ella sentía de continuo el afán de instruirse. Sabía distinguir la verdadera de la falsa ciencia, expresándose con menosprecio acerca de Cagliostro, á quien tenía por un farsante indigno de atención. Era activa sin precipitarse jamás: observaba que no podía disponer de un cuarto de hora, y se lamentaba de que por esta razón no podía leer todos los libros que le enviaban: llamábase á sí misma «iniciadora de profesión» porque lo comenzaba todo y no acababa nada. Pero aun en sus estudios como aficionada, mostraba la misma fuerza de voluntad que tanto distinguía su política. Con razón escribía: «Por naturaleza me veo obligada á querer con todas mis fuerzas lo que quiero.» En una ocasión, después de haber tratado de legislación, escribía, no sin cierta satisfacción interior, que respecto de ciertas materias, sabía tanto ó mas que Blackstone. En 1781 decía: «Sabed que soy como un misántropo (*comme un loup garou*), siempre con la pluma en la mano escribiendo volúmenes, y espantada de su número quisiera arrojarlos al fuego; pero en verdad sería una lástima, porque hay en ellos mucho bueno y sensato (7).»

Catalina fué siempre una naturaleza excesivamente práctica y libre de todo doctrinarismo, y censuró todo espíritu sistemático: «Voltaire, mi maestro, prohíbe adivinar, porque los que adivinan gustan de hacer sistemas y los que hacen sistemas quieren hacer entrar en ellos lo que en ellos cabe y lo que no cabe, lo que con ellos armoniza y lo que no armoniza: y luego el amor propio se convierte en amor del sistema, lo cual da margen á la obstinación, á la intolerancia y á la persecución, drogas de que es preciso precaverse, como dice mi maestro (8).» Sus vastos conocimientos, sus extraordinarios esfuerzos intelectuales tendían más á la extensión que á la profundización; su mundo era la enciclopedia; no podía dedicarse á una especialidad: y si los conocimientos de Catalina podían pecar de falta de base, en cambio pocos la aventajaban en aplicación, actividad y facilidad de voluntad y de inteligencia.

(3) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 440.  
(4) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 143.  
(5) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 188.  
(6) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 380.  
(7) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 201.  
(8) *Ilustración de la Sociedad histórica*, XXIII, 217.

## CAPITULO III

## FAVORITOS, HIJO Y NIETOS

Favoritos.—Orloff.—Potemkin.—Lanskoi.—Mamonoff.—Suboff.—Pablo.—Alejandro.—Constantino.—Cuestión de la sucesión al trono

El destino había negado á la emperatriz la felicidad matrimonial: ya siendo gran duquesa, la soledad en que por espacio de tantos años se había hallado, la decidió á buscar y encontrar una compensación. En vida de su esposo, se había permitido el trato con Ssaltykoff, Poniatowski y Gregorio Orloff, no haciendo de aquel trato misterio alguno, pues en este punto era mucho más despreocupada que otras mujeres, tanto, que muchos años después de aquellas relaciones románticas, todavía explicaba cómo habían acontecido. Véase lo que ella misma escribía: «Yo gustaba, y con esto quedaba andada la primera mitad del camino, de la tentación; y en tales casos, en la esencia de la humana naturaleza está el que no deje de andarse la mitad restante; pues el buscar y el ser buscado llegan á coincidir, y á pesar de las mas bellas máximas morales que están impresas en la inteligencia, cuando la moral viene á mezclarse en el asunto se ha ido ya mas lejos de lo que se creía; y aun no he sabido cómo puede esto evitarse. No queda mas remedio que la fuga; pero hay casos, situaciones y circunstancias en que la fuga es imposible, pues ¿cómo es posible huir, apartarse, volver las espaldas en medio de una corte? Esto solo bastaría para alimentar la maledicencia. Y cuando no se huye, nada hay, á mi ver, tan difícil como resistir á aquel que realmente nos gusta. Todo cuanto acerca de esto pueda decirse no es mas que pura palabrería que no sale del corazón y nadie tiene su corazón en la mano para oprimirlo ó dejarlo palpar según se abra ó se cierre (1).»

Los contemporáneos y la posteridad han censurado aquellas relaciones de Catalina que duraron hasta el fin de su vida. Faltaba la emperatriz al decoro y á la moralidad; la mancha del favoritismo se extendía como oscura sombra sobre la imagen de la emperatriz é impedía apreciar los grandes rasgos principales de su vida. El que llegaba á conocerla de cerca encontraba censurable esta parcialidad de juicio. Una persona tan notable, que se elevaba sobre el nivel ordinario de los conocimientos humanos y que en fuerza intelectual y elasticidad de talento aventajaba á la generalidad, podía llegar fácilmente á extraviarse separándose de los usos admitidos en el terreno de la moralidad comun. El hecho de que el favoritismo hubiese podido durar hasta los últimos años de la emperatriz, se deriva tal vez de otro hecho patológico cuyo valor ó indignidad están fuera de toda censura. Se comprende que la publicidad con que la emperatriz hizo de aquel abuso una especie de institución, un verdadero cargo de la corte, motivara entonces y motive aun ahora justificados ataques. Sin embargo, los que sostienen que en él no entraba para nada la vida del espíritu sino sentimientos mas bajos (2), desconocen por completo la naturaleza y el modo de ser de Catalina.

(1) *Memorias*, 302.  
(2) Un diplomático inglés escribía poco después de la muerte de la emperatriz: *She was a stranger to love*, (era extraña al amor) y decía que su pasión era solo una «necesidad física.» etc. Véase Herrmann, tomo supletorio, pág. 602.

Oportunamente puede recordarse que el favoritismo no era cosa nueva en la corte de Rusia, pues había existido ya durante el reinado de Isabel. Por espacio de diez años la corrupción de costumbres, cuyo ejemplo partía de las elevadas esferas, había embotado el sentido moral de los contemporáneos y entre estos se contaba Catalina (3). Un escritor imparcial, cuyos recuerdos juveniles alcanzan hasta la época de Catalina, observa que el favoritismo de la emperatriz no había sido, en el fondo, severamente censurado (4).

Lo mas lamentable era el cambio continuo de favoritos: uno tras otro, desempeñaron el papel de tales, Gregorio Orloff, Wassilchikoff, Potemkin, Sawadowsky, Soritsch, Korsakoff, Lanskoi, Jermoloff, Mamonoff y Suboff. No solamente los extranjeros, sino los mismos rusos, censuraban que la emperatriz despidiera hoy al que ayer parecía amar (5).

Por otro lado, algunos enemigos acérrimos de la emperatriz han dicho con palabras laudatorias que ningun favorito, alguno de los cuales se separó con indignación de su lado, fué castigado ni perseguido por ella, cuando otras reinas ponían con frecuencia término violento á sus amores (6). La circunstancia de que la provision del cargo vacante de «ayudante general» abriera las puertas á todas las intrigas, influyó de un modo funesto contra Catalina, y necesariamente los detalles de estos cambios que producían murmuraciones y relatos caprichosos, hicieron un tanto despreciable la persona de la emperatriz (7).

La verdadera influencia política de los favoritos ha sido generalmente exagerada: Catalina no se dejó dominar por ninguno de ellos, pues aun los mas notables, como Gregorio Orloff, Potemkin y Suboff, estuvieron siempre en cierta dependencia de su imperial amante. Es indudable que los favoritos se aprovecharon de su situación para enriquecerse, para atender á sus intereses personales, y para confiar á sus amigos y deudos importantes cargos. No en vano demostró el príncipe Schcherbatoff la inmoral influencia del ejemplo que solían dar los favoritos con sus dilapidaciones, intrigas, immoralidades y frivolidad (8). Los perjuicios materiales que con sus prodigalidades y complacencias ocasionó la emperatriz al tesoro público fueron de consideración (9).

(3) Véanse sus manifestaciones en las *Memorias*, pág. 136.

(4) Gretsch, en el *Archivo de Rusky*, 1873, pág. 340. Quizás podría demostrarse que la anterior generación se mostró, en los círculos de San Petersburgo, durante las primeras décadas del presente siglo tolerante y hasta respetuosa con hechos de tal naturaleza.

(5) Guillermo Etou, en Herrmann, tomo supletorio, 601: Garnowsky en la *Russkaja Starina*, XV, 15.

(6) Masson, *Memorias secretas*, I, 136-139.

(7) Véase, por ejemplo, Harris, I, 201-205.

(8) Acerca de la corrupción de costumbres, véase la *Russkaja Starina*, III, 678.

(9) Harris hizo, en 1783, una lista de los regalos que algunos favoritos habían recibido, véase los *Diaries*, II, 57. La detallada especificación de las cifras cuyo total se eleva á 89 millones de rublos, (Castera, II, 291-295), sin que pueda asegurarse sea auténtica, ofrece cierto interés porque es el reflejo de las conversaciones públicas sobre el particular.